

CAPITULO CCIII.

Campana de 1639.—Los españoles son dueños del Piamonte.—Ingenioso ardid con que se apoderan de Turin.—Campana del Rosellon y pérdida de Salses.

Cox más furor que ántes se renovó la guerra en 1639, pareciendo inagotables, segun la expresion de un escritor moderno, las fuerzas de España y Francia, segun la prontitud con que acudían á los puntos que más conveniente era, y segun los nuevos cuerpos de ejército que á cada instante entraban en campana.

Bajo el mando de Mr. de la Meilleraie envió el cardenal Richelieu un ejército para que operase en el Artois; otro, al mando del marques de Fouquieres, había de operar en el Luxemburgo, y el otro quedó á las órdenes de Chatillon, mientras que Weymar, al frente de sus tropas, había de continuar operando por las fronteras de Alemania, y el cardenal La Valette quedaba encargado de la parte de Italia.

Igualmente dispuso que el príncipe de Condé, que ansiaba vengar el descalabro de Fuenterrabía, se hiciera cargo de las tropas que habían de dirigirse hacia el Rosellon; el arzobispo de Burdeos de la escuadra del Océano, y el conde de Harcourt de la del Mediterráneo, mientras el marques de Brezé seguía con el mando general de las galeras.

Natural era que al ver tantos aprestos, que denotaban el propósito firme de proseguir la guerra con doble encarnizamiento que en el año anterior, España se viera en el caso de hacer nuevos y mayores esfuerzos.

Piccolomini recibió orden de la corte de Madrid para marchar á Flandes en ayuda del Cardenal-infante, y el príncipe Tomas de Saboya recibíola también para trasladarse á Italia, á fin de ayudar al marques de Leganes, que tanto se había distinguido en la campana del año anterior.

Tal fué la distribución y los preparativos hechos para la campana de 1639.

Piccolomini fué quien primeramente hizo sufrir á los franceses el peso de un desastre en esta campana, derrotando á Fouquieres, que había sitiado la plaza de Thionville.

Vióse atacado en su mismo campo, destrozada su caballería, su infantería desecha, perdida su artillería, y para colmo de desdicha él mismo quedó prisionero.

Este primer hecho de armas llenó de amargura á Richelieu, siguiéndose inmediatamente á él el amago sobre la plaza de Moulzon, hecho por el mismo Piccolomini, que marchó á reunirse con el Cardenal-infante para obligar á Mr. de la Meilleraie á levantar el cerco de la plaza de Herdin, que llevaba ya muy adelantado, confiando en su resultado.

Pero la presencia del rey Luis XIII animó los á sitiadores, pidiendo capitulacion el gobernador conde de Hanapes, capitulacion que no debía hallarse muy justificada, cuando posteriormente hizo el Cardenal-infante poner arrestado á aquel personaje formándose el consiguiente proceso.

Esto y el haber conseguido el príncipe de Orange entretener las fuerzas del gobernador de los Países Bajos, permitiendo que los franceses se apoderasen de algunas plazas del Artois, indemnizaron algo á éstos, aun cuando en parte muy pequeña, del descalabro sufrido en Thionville.

La plaza de Iboir cayó en poder de Chatillon, ordenando Luis XIII, que había acudido á ella, que se arrasaran sus muros, pero la satisfaccion que este acontecimiento produjera fué turbada bien pronto con la noticia de la muerte de Weymar, en ocasion que iba á echar un puente sobre el Rhin, para proseguir su campana en Alemania.

De un modo muy distinto se presentaba la campana en Italia, y especialmente desde que había llegado el príncipe Tomas de Saboya.

Divididas las fuerzas de éste y del marques de Leganes, de los cuales, el uno operaba en el Piamonte y el otro en el Monferrato, tomadas sus disposiciones para reunirse cuando lo tuvieran por más conveniente, merced á ellas alcanzaron en breve tiempo ventajas de suma consideracion.

Multitud de plazas y ciudades fueron cayendo sucesivamente en su poder, y á no haber sido por la llegada del cardenal La Valette, hubiérase apoderado el príncipe Tomas de Turin, de cuyos arrabales llegara ya á posesionarse.

Al mismo tiempo en la parte marítima del ducado de Saboya conseguíanse importantes triunfos, pues sin que el conde de Harcourt pudiera evitarlo, la escuadra española se apoderó de Niza, cayendo poco despues en nuestro poder el puerto y ciudadela de Villafranca.

Toda la Saboya hallábase sublevada contra la Duquesa viuda, que para conservar algunos Estados habíase visto obligada á aceptar humillantes condiciones por parte de la Francia, en cambio de la proteccion que le daba; pero esta proteccion le sirvió de bien poco cuando los generales españoles, prosiguiendo con mayor ardor sus conquistas, consiguieron apoderarse de muy importantes plazas, y finalmente de la ciudad de Turin, á pesar de lo defendida que estaba, con lo cual puede decirse que se hicieron dueños absolutos del Piamonte.

En estos términos describe el historiador Lafuente el ingenioso ardid por medio del cual consiguieron apoderarse de aquella im-

portante plaza. «Setecientos hombres entraron por diferentes puntos de la ciudad, fingiendo ser servidores de la Princesa regente que iban de diferentes puntos del Piamonte (julio de 1639), el estallido de un petardo fué la señal para que se abrieran todas las puertas, y el Príncipe entró en medio de aclamaciones en una ciudad en que contaba ya numerosos partidarios. La Duquesa apenas tuvo tiempo para refugiarse medio desnuda en la ciudadela. A ésta acudió La Valette, y poco despues falleció consumido de melancolia al ver el mal estado de los negocios de Francia en la Saboya. Reemplazóte en el mando del ejército de Italia el conde de Harcourt, que tan pronto como expiró la suspension renovó ardorosamente la guerra, despidiendo al Nuncio del Papa para no oír sus proposiciones de mediacion. Y en efecto, la resolucion é intrepidez del de Harcourt hizo variar algun tanto el aspecto de la guerra al terminar el año 1639.»

Mientras todos estos sucesos tenían lugar, otros no ménos importantes se estaban verificando á las puertas mismas de nuestra patria, sucesos que prepararon otros de gran trascendencia para el mismo reino.

El príncipe de Condé, ansioso de vengar el desastre de setiembre de 1638 ante la plaza de Fuenterrabía, dispúose para verificar la invasion del Rosellon con el mayor número de soldados posible.

El conde de Santa Coloma, virey y capitán general del Principado, que observaba la agitacion y movimiento que entre los franceses reinaba, manifestó al Gobierno repetidas veces los temores que sentía, y la necesidad en que estaba de que se le enviasen socorros, á fin de estar preparado convenientemente para los acontecimientos que pudieran sobrevenir.

Muchas plazas del Principado y del Rosellon se hallaban sumamente desguarnecidas y faltas hasta de lo más necesario, contándose entre ellas Salses, que se encontraba con una guarnicion escasa y bisoña, y mandada por un gobernador sumamente anciano y lleno de achaques.

Como ántes de la invasion del Rosellon había entregado Cataluña en calidad de subsidios extraordinarios más de 260,000 libras, á fin de provocar el estímulo de aquellos naturales para que asistiesen á la empresa de Salses, se les ofreció ennoblecer á todos los habitantes de Barcelona que tomasen las armas, y conceder el derecho de ciudadanía en la misma capital á todos los del resto de la provincia que por lo ménos combatieran por espacio de un mes frente al castillo sitiado.

En mayo de 1639 púsose en movimiento el ejército frances desde Narbona, é inmediatamente los destacamentos españoles que ocupaban diversos puntos del país abandonaron los fortines que ocupaban, concentrándose en Perpiñan.

El castillo de Opol, considerado como inexpugnable, fué entregado, parte por cobardía y parte por traicion, por el gobernador, que era flamenco, al duque de Halluin, y aun cuando más tarde aquel mismo gobernador pagó con su cabeza en Perpiñan la felonía cometida con éste, sin embargo no se remedió el mal ocasionado, y el general frances pasó con todo el grueso de sus tropas á sitiar la importante plaza de Salses, que había sido construída por Carlos V como punto importante y verdaderamente estratégico para la defensa del Languedoc.

Ante un acontecimiento tal, y viendo el conde de Santa Coloma que eran inútiles cuantas excitaciones dirigía á la corte para que se le atendiese con lo que la guerra exigía, consiguió excitar el patriotismo de los catalanes, y éstos acudieron, dando en primer término Barcelona el ejemplo, á la defensa de la patria tan seriamente amenazada.

Entónces tuvieron lugar las ofertas que dejamos indicadas, y Cataluña sostuvo, durante los siete meses que duró el sitio de aquella fortaleza, sobre 30,000 plazas, haciendo repetidas levas, tanto de infantería, como para la conduccion de mantenimientos para las tropas sitiadoras.

Gente bisoña fué la que Santa Coloma pudo reunir, pero á pesar de ello, en el primer encuentro que tuvo con los enemigos mostró el arrojo y el valor de soldados veteranos.

Si este ejemplo le hubiesen seguido los defensores y el gobernador de la plaza de Salses, quizá hubiesen variado en gran manera las condiciones de aquella campana, mas no sucedió así, y exceptuando algunos pocos valientes que se dejaron matar ántes que ceder á su enemigo, el gobernador y el resto de la guarnicion portáronse con tanta flojedad, que, sin que á ello les obligase una imperiosa necesidad, rindieron la plaza por capitulacion, sin que el gobernador, que tan mal había sabido defenderla, se atreviese á volver á España, temeroso sin duda de alcanzar la misma suerte que había tenido el gobernador de Opol.

El conde de Santa Coloma, esperando la llegada del marques de los Balbases, detúvose en Perpiñan, y entre tanto los franceses, diezados por las enfermedades, detúvieronse también, retirándose el mariscal de Schomberg á Francia en busca de refuerzos, que les eran muy necesarios, quedando como gobernador de Salses Mr. de Espernan.



INCENDIO DE UN GALEON ESPAÑOL EN LA RADA DE IAREDO.

CAPITULO CCIV.

Continúa la guerra del Rosellon.—Recuperacion de Salses.—Empresas marítimas de los españoles.

A PESAR de que los franceses fortificaron el castillo de Salses de un modo extraordinario, no se desanimaron por esto los catalanes, y los trabajos de sitio dieron comienzo.

Entusiasta era la actividad é indecible valentía que en ellos empleaban, y por lo mismo, tanto más agrias las quejas y fuertes las murmuraciones que contra el marques de los Balbases se levantaron por ordenar éste la suspension, viendo tan mal aprovechados sus esfuerzos é interpretado su entusiasmo.

Con desesperado valor rechazaron los sitiadores las cuatro salidas que amagaron los franceses.

Quizá tenían razon nuestros soldados en sus quejas por la apatía de sus generales, y entusiasmo y buena fe necesitaba un ejército para mantener el valor y subordinacion, teniendo presentes las innumerables dificultades y obstáculos con que se veia obligado á luchar.

La peste, ese terrible azote que acompaña á las guerras y que tanto castiga á triunfadores como á vencidos, arrebato en pocos días ocho mil españoles, dejando consternado el campo y triste el soldado, que no podía defenderse de aquel enemigo que se apoderaba de uno por cada tres.

En tanto, el príncipe de Condé se ponía en movimiento desde Narbona, donde habia reunido un ejército de doce mil hombres de infantería, auxiliado de doce cañones y cuatro mil caballos.

Hubo de cesar por necesidad la inaccion de los generales al recibir esta noticia, y reunidos en consejo acordaron, despues de la discusion ordinaria en estos casos, continuar el sitio, y esperar á pié firme, aunque toda la Francia entera viniese.

Hicieron en consecuencia los preparativos necesarios para dejar con honor las armas españolas: recibían cada día ademas, refuerzos y voluntarios de las provincias próximas, Aragon, Valencia y Cataluña, y el duque de Maqueda puso en marcha dos mil soldados veteranos y trescientos mosqueteros, que tomó de las galeras que tenía en Rosas.

El 24 de octubre de 1639 llegó el enemigo á la vista, y hubieran venido ciertamente á las manos á no impedirlo una copiosísima lluvia que aquella tarde cayó, y que no permitió acercarse á los franceses, y deshizo en nuestro campo trincheras, fosos y minas.

Apenas habían tenido tiempo los españoles de reponer algunos de sus destrozadas obras, cuando los franceses se presentaron de nuevo siete días despues, con el propósito de romper las líneas y llevar socorro á la plaza.

Acometió el primero, con el ímpetu que le habia hecho triunfar en cien batallas, el regimiento de Normandía, y á pesar del certero y nutrido fuego con que nuestra no ménos intrépida artillería y mosquetería lo recibió, llegaron á subir algunos soldados á las trincheras, pero la bandera que se vió ondear triunfante en tantas murallas se hubo de retirar, dejando en los fosos casi todos los soldados que otras veces la siguieron á la victoria. El regimiento de Tolosa y el de Roquelauré le siguieron con igual suerte, quedando de este último únicamente cuatro capitanes vivos. Los franceses no pudieron conservar sus corazones serenos ante tal mortandad, y huyeron en confuso desorden.

Rechazado el socorro, intimó de nuevo la rendicion á la plaza el marques de los Balbases, ofreciendo honrosa capitulacion, pero el bravo Espernan, gobernador de ella, no quiso oír proposicion de ninguna especie, asegurando que sus murallas habían de servirle de sepulcro antes que rendirlas.

Balbases tomó la negativa con paciencia, y resuelto á rendir por hambre el castillo permaneció ante él sin disparar un tiro, en la seguridad de que habia de venir á sus manos.

Dos meses se pasaron en esta situacion, volviendo á renacer las quejas y las murmuraciones, con tal insistencia por parte de los catalanes, que una excision era inminente, puesto que el descontento habia llegado á manifestarse hasta en los mismos jefes, y hubieran llegado á vías de hecho á no impedirlo el Marques con su habitual prudencia.

La víspera de Noche buena, por fin, viéndose Espernan sin víveres é invadida por la peste la plaza pidió capitulacion, ofreciendo entregarla saliendo él y su guarnicion, con todos los honores de guerra, si no recibía socorro hasta el día de Reyes.

Llegado el 6 de enero, como no se presentó un frances en defensa de la plaza, fué llevada á efecto la capitulacion estipulada y este fué el fin de la famosa expedicion del príncipe de Condé al Rosellon.

Tampoco estábamos ociosos en el mar. En La Coruña se presentó la escuadra francesa compuesta de sesenta velas, mandada por el arzobispo de Burdeos, pero halló el puerto cerrado con una fuerte cadena que iba de uno á otro de los castillos que lo defienden, construída de gruesos palos de barco armados de puntas de hierro, y unidos unos á otros con gruesas argollas: hubo pues de contentarse con disparar algunos cañonazos á manera de salvas contra la plaza y hacerse á la vela para el Ferrol en busca de mejor fortuna.

Desembarcó contra esta plaza alguna fuerza, que fué rechazada en sangrienta lucha.

De allí marchó costeano hasta Laredo, donde desembarcó con dos regimientos que, encontrando aquella costa desguarnecida, recogieron buen botín, y se volvieron á sus naves, no sin haber celebrado misa el mitrado marino frances, para honrar el pueblo que saqueaba. Tomó un galeon en la rada de Laredo, no pudiendo apoderarse de otro, porque los mismos marineros que lo tripulaban lo quemaron para impedirlo. Cayó tambien sobre Santander sin poder penetrar en la plaza, pero incendió el astillero, única satisfaccion que pudo darse el belicoso prelado.

Desde el momento en que el arzobispo de Burdeos acometió los puertos de Castilla, el de Búrgos, reuniendo cuanta gente de armas pudo, se dispuso á salirle al encuentro; pero al saber que se retiraba, desistió de su empresa, con la cual, por cierto, no se avenía muy bien la mision de paz que le estaba encomendada.

Costumbre especial del tiempo en que tan acostumbrados estaban los hombres á la guerra, que cambiaban con la mayor facilidad la estola por la espada, y los prelados de la Iglesia se convertían en generales y defendían con las armas la causa que mejor les parecia, ó que creían más justa, saliéndose de extraña manera de su pacífico ministerio: hecho es éste que no fueron los primeros los arzobispos de Burdeos y Búrgos en verificar, como ya hemos visto, ni dejaron despues de tener imitadores.

Pero el cielo, viendo sin duda con desagrado salirse acá en la tierra las cosas tan de su juicio, interpuso su poderosa accion enviando recias tormentas, que acabaron bien pronto con las naves francesas.

Tambien nuestra marina sufría en la misma época uno de los golpes de que no ha podido áun recuperarse, luchando con enemigos que habían sido en otras ocasiones funestos para nuestras armas.

Para castigar las repetidas tropelías que los holandeses cometían en nuestras costas, se envió contra ellos una escuadra de setenta velas y diez mil hombres de desembarco, bajo el mando del distinguido marino D. Antonio de Oquendo. Halló en setiembre en el canal de la Mancha á la escuadra holandesa, mandada por el almirante Teomp, y entablado el combate, nuestra escuadra quedó derrotada.

Un mes despues, el 21 de octubre, renovaron el combate, en el cual nuestros marinos y nuestros soldados hicieron por espacio de casi todo el día prodigios de valor y de ardimiento, mas todo fué poco, y perdimos toda la escuadra, quedando en poder del enemigo unos, echados á pique otros, y quemados los demas de nuestros bajeles. Allí perecieron sin quedar uno la flor de los mosqueteros que iban á bordo del navío *Santa Teresa*, que mandaba el valeroso marino D. Lope de Hoces, y la pérdida no pudo ser ni más completa ni más desastrosa.

Siete naves llevó á Dunkerque Oquendo, de la hermosa escuadra que sacó de España. Dos mil hombres de desembarco quedaron de los diez mil que llevaba.

De las cartas mismas del almirante holandés se deduce que, no sin razon se quejaron los españoles de la conducta de los ingleses, que lejos de guardar la neutralidad estipulada, hicieron fuego contra nuestros barcos; así es que ya no debe extrañarse tanto nuestra gran pérdida.

Tambien en las Indias sufrían nuestras armas por la buena ventura que en estos años llevaban las de los holandeses. Enviado Mascareñas, conde de la Torre, á contener los progresos que hacían en el Brasil las fuerzas que llevó el conde de Nassau, perdió en la navegacion la mitad de la gente que llevaba, efecto de una peste que se declaró á bordo de las cuarenta y seis naves que mandaba. Llegó Mascareñas al Brasil, y reunió, con los dos mil hombres que arribaron y los que pudo recoger en aquellas colonias, sobre doce mil, con los cuales emprendió, con más valor que feliz éxito, la liberacion de ellas.

La compañía holandesa de Indias envió tambien sus refuerzos, consistentes en una buena flota á las órdenes del hábil marino Looft, que murió en uno de los diversos combates que las dos escuadras libraron: sustituyóle Jacobo Huighens, que activó las operaciones por mar, buscando sin descanso ocasion de dar una batalla decisiva; lográndolo con tan buen éxito, que Mascareñas, despues de repetidos encuentros y desesperados esfuerzos, quedó únicamente con cuatro galeones.

Perdimos, pues, toda esta segunda escuadra que se habia podido reunir á costa de gran trabajo y sacrificios enormes, quedando España en pocos años sin autoridad en la mar, pues todas las empresas intentadas en el líquido elemento tuvieron resultados aciagos: así se iban en una y otra parte debilitando nuestras fuerzas y aminorando nuestro poder, conduciéndonos poco á poco á la deplorable situacion en que más adelante nos vimos.

El conde Mauricio de Nassau habia, pues, paseado por el Brasil sus armas triunfantes sin que nada le ofreciese resistencia, sino la ciudadela de San Salvador que las hizo retirar sin esperanza de rendirla, y las españolas por más que hicieron esfuerzos honrosos para vengar sus descalabros y reparar algun tanto sus pérdidas, no lograron conseguirlo.



J. SERRA, 117.

Lit. VIDAL, Dime, 27

CAPITULACION DE ARRAS